

HOMILÍA

Domingo III durante el año. Ciclo A

Is 9, 1-4

a. Contexto

De nuevo nos encontramos en el primer Isaías, el original, del siglo VIII a.J.C. Es el momento de situarlo, por su importancia, dentro del Profetismo en Israel, en general.

La palabra moderna 'profeta' se origina en el griego, y nos llega a través del latín (*propheta*), referida al hecho de 'hablar en lugar de alguien', como portavoz de otro.

En el texto hebreo masorético corresponde a 'nabí', hombre de Dios (cf.1Sam 9, 6), o 'soñador' (cf.Dt 13, 2). Etimológicamente, el profeta es alguien llamado, 'vocacionado'.

El profeta es convocado al consejo de Dios, para una misión concreta, a veces expresada por la unción o la consagración. Hermana/o en la fe, históricamente el término 'nabín' se encuentra en el Pentateuco.

Son textos del Reino del Norte (Israel), como es la fuente elohista, y en otros pasajes (código P.-sacerdotal-, etc.). En un primer momento, el profetismo se da en grupo, como los profetas de Baal (cf.1Re 18). Y llega hasta la monarquía, por ejemplo, en tiempos de Jezabel; se espera de ellos una respuesta de Dios (cf.2Re 1,2). Con estos grupos aparecen relacionados Elías y Eliseo (cf.2Re 4, 38).

Durante la monarquía igualmente aparece la palabra 'nabí' usada en singular, es decir, referida a una persona física concreta. Cuando surgen los dos Reinos, el del Norte y el del sur (Judá), vienen los profetas personales.

Son los más conocidos, y entre ellos se encuentra Isaías (el primero de este nombre, que hoy nos ocupa) (cf.Is 19, 2). Se da un distanciamiento entre estos profetas y las líneas de pensamiento y actuación de la corte real.

Se trata de los 'profetas posteriores', profetas en sentido estricto. Me ha parecido conveniente adelantar este comentario, para entender mejor la obra de Isaías, y, dentro de ella, en esquema, el contexto del pasaje de hoy.

Éste se enmarca en el llamado Libro del Emmanuel (cf.Is 7, 1-12, 6). En concreto:

- El niño que vendrá como un 'resto' (cf.Is 7, 1-9), o como Dios con nosotros (cf.Is 7, 10-25), o expresado en los hijos de Isaías en cuanto signos (cf. Is 8, 1-20);
- Se enciende una luz de salvación: es el niño que nace (cf.Is 8, 21-9,6). Dentro de este amplio pasaje se encuentra el texto que hoy celebramos en la liturgia dominical: Is 9, 1-4.

b. Texto

El núcleo del pasaje en cuestión, es de gran belleza literaria, y se ha realizado con precisión. Se halla en inclusión: *en un primer momento* (cf.Is 8, 23), y concluye con la expresión: *desde ahora y para siempre* (cf.Is 6).

El centro de la sección está en Is 3:*el día de Madián*. Lo fundamental para nuestra reflexión y oración de acción de gracias a Dios, amigos, tal vez se dé en el hecho de anunciar la salida del túnel, la luz de la esperanza.

Se trata de un contexto histórico de peligros, que el profeta detecta, pero desde la esperanza teológica en la acción de Dios, que caracteriza la Teología de Isaías. En concreto, semejante explosión de luz y de alegría se debe al anuncio del final del poderío de Asiria. El niño nace y es no sólo anunciador, sino autor de futuro nuevo, de una nueva época de salvación.

De todos modos, esta sección de Isaías encierra no pocos problemas de interpretación. Se ve la dificultad en lo referente al contraste entre el nacimiento del 'niño', y la transición a esa nueva época de felicidad.

Posiblemente se pueda hallar una clave de lectura de estos pasajes isaianos en su Teología acerca del plan de Dios en la historia. Es un tema no siempre fácil, como sucede con los 'signos de los tiempos'.

c. Para la vida

En una lectura de Isaías que nos ayude en la vida cristiana, recuerdo que el profeta, convencido de la esperanza que su mensaje encierra, fundamenta ésta en la descripción de las humillaciones y ataques recibidos.

¿No te suena esto desde la fe cristiana que siempre ha de sostener la lectura de textos del Antiguo Testamento a una invitación a la esperanza derivada de la resurrección de Jesús?

O sea, ¿no te parece que la esperanza cristiana puesta en Cristo (¡el 'niño' de que habla Isaías...!) viene unida al sufrimiento de los hombres, a la injusticia que debe ser superada?

Sólo así podrá venir la luz: es decir, que la fe en la resurrección lleva a la urgencia de los trabajos por la liberación de los oprimidos, y sólo es esperanza cuando vuelve a los necesitados de vida, de justicia, de libertad.

Me parece que la presencia de profetas como Isaías en nuestras celebraciones cristianas, amigos y amigas, sólo puede urgirnos a mirar hacia los necesitados de liberación, de todo tipo de liberación: humana y teológica. Sólo entonces, la luz en el horizonte, la rotura del yugo (cf. Is 9, 3) tendrá el valor de la esperanza en de Cristo. Los contrastes 'humillar-glorificar, sombra-luz' (cf. Is 9, 2) se traducirán en auténtica alegría.

Yo pienso -y te invito a hacerlo conmigo, amigo, en oración- que nuestra liturgia, nuestras celebraciones de cada día festivo no se pueden quedar en un civilizado de estética culta y refinada, para espíritus selectos.

No se trata de hacer alguna que otra consideración ética o dar algún que otro salto al realismo intimista de nuestras carencias de compromiso, como si asistiéramos a un déficit constatable y difícilmente superable. ¡No es eso! ¿Por qué no nos desnudamos de una vez de nuestros miedos, de nuestra atrofia espiritual y de compromiso, para abrirnos al don de Dios que debe darse a nuestros hermanos necesitados, los maltratados?

Mientras todo esto sean palabras, no actitudes, estará de más invocar textos como el de hoy, que apuntan a una esperanza real de liberación. ¿Sabremos aprovechar la llamada de Dios, amigas y amigos?

Pues eso, pero aplicado al anuncio del mensaje: ¡tarea, ¿no?!

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb
antoniorojas.sdb@gmail.com